

66ª asamblea nacional de FAPÊ



CELSAR QUIJÁN

Terrorismo y lenguaje

Los mecanismos de intimidación y subversión del lenguaje han funcionado perfectamente, en el mismo sentido que lo hiciera el siniestro lema de Auschwitz, 'Arbeit macht frei'. Ello ha impedido que la opinión pública conozca lo que de veras supone el terrorismo.

ANTONIO ELORZA

Constituye ya un tópico dar por sentada la dificultad para definir el terrorismo, cuando es un concepto estrictamente analítico en ciencia política y en sociología política, con independencia de que su uso sea casi peyorativo y de que en esferas internacionales sea casi imposible ponerse de acuerdo en una definición, dada la implicación que uno u otro sesgo pueden tener para los intereses políticos de un Estado.

Aun admitiendo que puede existir un terrorismo económico, nos interesa centrarnos en el terrorismo político. Ante todo, es éste una táctica basada en el uso sistemático de la violencia para alcanzar fines políticos,

cuando se juzga posible su obtención por otros medios o se estima imprescindible recurrir a él como complemento de una acción política legal (caso de los Hermanos Musulmanes en Egipto hasta los años 60) o de una actuación guerrera (insurrecciones del tipo de la lucha de independencia del FLN contra Francia). En segundo lugar, los actos violentos, para ser calificados de terroristas, deben producir un alto grado de destrucción y/o muertes. Cuando se integran en una estrategia terrorista de mayor amplitud, la acumulación de actos violentos puede merecer la calificación de terrorismo de baja intensidad (ej., la *kale borroka*). Tercero, los actos de violencia terrorista se integran en una

Antonio Elorza es catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense de Madrid y colaborador habitual de *El País*.

secuencia que debe ser legible, tanto para los miembros del colectivo en nombre del cual se ejecutan, como por el colectivo social al que pertenecen las víctimas. Cuarto, ello es imprescindible porque la finalidad del terrorismo consiste en alcanzar una modificación de las relaciones de poder preexistentes por medio de su incidencia sobre la opinión pública, sobre la psicología colectiva, sembrando la inseguridad y la intimidación, y eso sólo es posible si la estrategia terrorista logra imprimir en las conciencias una serie de imágenes sobre sí misma, tales como la inexorabilidad de sus actos o su condición de invencible. Éste es un aspecto capital que distingue el terrorismo de los actos puntuales de violencia y de la lucha armada. En términos del anarquismo decimonónico, todo terrorismo es propaganda por el hecho. Quinto, en contraste con la búsqueda de un efecto amplificador sobre el público en sus acciones, la organización terrorista es secreta, críptica de acuerdo con sus orígenes remotos en Esparta, bien en sí misma, bien integrada en una organización legal, sea un partido o el propio aparato de Estado. Por último, la conve-



FLORZA

Para el terrorismo es capital incidir con eficacia sobre los medios de comunicación y sobre el lenguaje político.

niencia de adoptar la táctica terrorista surge de la constatación de la asimetría en cuanto a los recursos disponibles, en un escenario normal de conflicto, incluso en el caso de un terrorismo de Estado que, como en los GAL, desconfía de su eficacia actuando dentro de la Ley.

De todo lo anterior, nos interesa subrayar esa centralidad de la intimidación en cuanto instrumento para modificar traumáticamente unas relaciones de poder. Por eso es capital para el terrorismo incidir con eficacia sobre los medios de comunicación y sobre el lenguaje político.

La preocupación de la estrategia terrorista por los medios y, en consecuencia, por la opinión pública, resulta todavía más intensa en los casos de los dos terrorismos que nos conciernen: el vasco y el islamista.

Salvadas las claras diferencias doctrinales entre ambos, no es menos cierto que los dos son 'patriotismos de comunidad', que se fundamentan sobre la exaltación del propio colectivo, llámese 'umma de los creyentes' o Euskalherria, al que se define como superior a toda otra agrupación humana, y, por tanto, provisto de legitimidad para acudir a la vio-

lencia contra quien se oponga a los propios objetivos de afirmación y dominación. Tanto el nacionalismo sabiniano en el País Vasco como el islamismo radical se constituyen a partir de esa conciencia de superioridad en movimientos totalitarios, esto es, dispuestos a implantar un totalitarismo horizontal y capilar, a diferencia del totalitarismo vertical, de arriba a abajo, de los fascismos clásicos. En el caso de los totalismos, la conquista de la sociedad para su homogeneización depende en gran medida de la capacidad para ejercer un monopolio del lenguaje y de los símbolos. El sueño de una Euskadi perfecta para la izquierda *abertzale* sería la conversión de todo el país en Oyarzun o en cualquiera de esos otros pueblos donde los símbolos de ETA y Batasuna invaden el espacio urbano, sólo se lee en público prensa *abertzale* y quienes hablan en voz alta secundan las consignas y los relatos procedentes de la organización terrorista y de su entorno. Algo parecido, salvadas las distancias, a una ciudad afgana controlada por los talibanes o las imágenes políticas de la Isla que vemos a través de Cubavisión.

El totalismo impulsado desde las organizaciones terroristas busca así una dominación absoluta, más que una hegemonía, en el espacio público llevando a cabo una implacable eliminación del 'otro', del enemigo. Utiliza un lenguaje binario, asentado en la contraposición entre el círculo de

los creyentes y el círculo de los enemigos, sacralizado el primero y satanizado el segundo. A efectos de garantizar el control sobre el propio colectivo, identificar a sus componentes y descubrir a los adversarios, así como para avanzar hacia una hegemonía sobre el conjunto de la sociedad, la organización terrorista sigue el ejemplo de los emperadores chinos, o yendo más cerca, en el caso vasco de Sabino Arana, similar al de otros líderes totalitarios (Mao, Fidel, Jomeini), procediendo a un control de las designaciones. Esto supone la imposición de un vocabulario propio, dirigido a alterar la visión de la realidad de acuerdo con la doctrina de la banda. Así la serie 'conflicto vasco', 'contencioso vasco', 'lucha armada', 'diálogo', 'paz', que permite fagocitar al lenguaje crítico sobre el terror e inducir a una interpretación del mismo a través de los filtros que el propio terrorismo prepara.

'Conflicto' y 'contencioso vasco' sugieren la existencia de un enfrentamiento histórico entre el País Vasco y el Estado español, del que ETA sería una lógica manifestación, con lo cual sólo debería dejar de existir en el caso de resolverse el primero. 'Lucha armada' ennoblece al terror, presentándolo como si fuera una guerra entre ejércitos, que, en consecuencia, debe ser resuelta por medio de una negociación entre iguales para alcanzar así 'la paz', a su vez ligada indisolublemente a la satisfacción de

las reivindicaciones *abertzales*. Y, en fin, para saltar por encima del obstáculo que representa la propuesta de una negociación entre un Estado democrático y una banda de criminales políticos, el término ‘diálogo’ ofrece una amplia gama de significados y pone la pelota en el tejado del adversario. ‘Diálogo’ es signo de humanidad; negativa al mismo, de sectarismo y violencia. Como exclamó Gemma Nierga en una penosa pero efectiva improvisación durante el entierro de Ernest Lluch, el asesinado –antes de serlo– hubiera dialogado con sus asesinos, por contraste con el presidente Aznar, de este modo inculcado moralmente del crimen de ETA. Es un ejemplo óptimo de la perversión de significados y responsabilidades a que puede inducir la subordinación al lenguaje impuesto por los terroristas y sus colaboradores.

El éxito alcanzado en este terreno, tanto por ETA como por el islamismo radical, resulta evidente si seguimos el tratamiento dado por los medios de comunicación a ambas cuestiones, sobre todo de aquellos situaciones en estricta dependencia del Gobierno y de la oposición ‘popular’. En principio, hubiera cabido esperar que

continuase el ambiente de solidaridad que Maite Pagazaurtundúa describe para los años 90. Del tajante rechazo frente a las acciones terroristas se pasaba al debate sobre los medios a adoptar para su erradicación y a la búsqueda de una conciencia de solidaridad con las víctimas y de condena rotunda de toda complacencia

con la estrategia del terror. Esta línea de actuación culminó tras el asesinato de Miguel Ángel Blanco, pero muy pronto el viraje nacionalista hacia Lizarra introdujo una primera fractura, ampliada en los últimos tiempos por la ruptura del Pacto Antiterrorista, con el PSOE entregado a la búsqueda del ‘diálogo’ y el PP a la demonización del mismo.

A partir de Lizarra, la incidencia del terrorismo sobre el lenguaje de los políticos y de los medios ha ido en ascenso. Unas veces por efecto de la intimidación directa, aquí con punto de partida anterior, en la estrategia del miedo provocada por los asesinatos selectivos de políticos, intelectuales de relieve y simples publicistas a partir de 1995. Otras por el efecto de fragmentación, observado ya en la experiencia nazi, cuando los distintos sectores sociales



FLORZA

A partir de Lizarra, la incidencia del terrorismo sobre el lenguaje de los políticos y de los medios ha ido en ascenso.

perciben la amenaza del terror con diferente intensidad y, como consecuencia, quienes se piensan menos amenazados tratan de distanciarse de aquellos sobre los que la amenaza recae de manera inmediata. El círculo de los colaboradores del terror alcanza aquí a muchos demócratas. En fin, la instrumentalización. Un determinado partido político piensa que la presión del terror puede serle útil, limpiando al país de españolistas, o que le permite maximizar su audiencia entre la opinión pública, caso de las políticas enfrentadas de PP y PSOE sobre el terrorismo en estos últimos tiempos. Incluso hemos sufrido un falseamiento sistemático del atentado del 11-M, aquí desde exclusiva PP, con el fin de sostener interesadamente la falacia de una participación en el mismo de ETA. Por una u otra vía, el resultado es una desviación de las políticas democráticas, donde lo que cuenta no es la lucha contra el terror, sino la adecuación al mismo o su uso contra el adversario político.

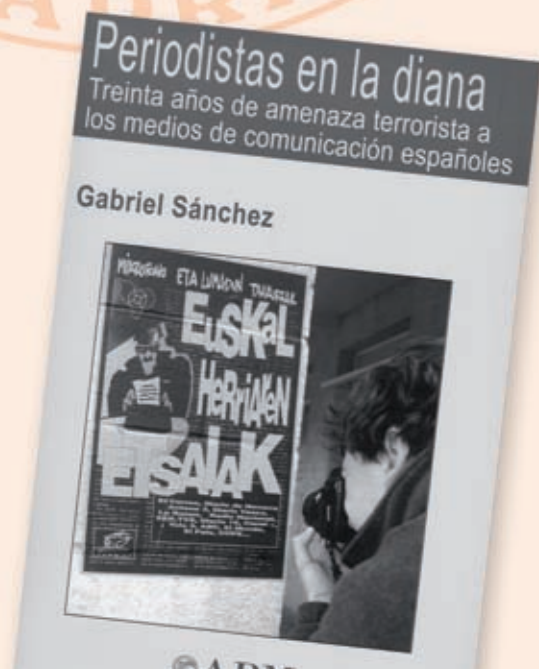
El terrorismo en sí desaparece de la argumentación. Para el discurso socialista reciente, ETA no existe (hasta que resurgió vía Comando Donosti), está derrotada, y lo que cuentan son las expectativas de 'diálogo' y promover el aislamiento del PP. Para los conservadores, ETA no existe como problema, salvo en el plano policial, y lo que cuenta es condenar sin matiz alguno la política gubernamental de aproximación a la banda. Tal polari-

Periodistas en la diana

Gabriel Sánchez,
240 páginas, 15 euros.

Treinta años de amenaza terrorista a los medios de comunicación españoles. Un relato completo y detallado, caso por caso, de la trágica historia de ETA y los periodistas españoles.

DE VENTA EN LA A.P.M.



Lenguaje periodístico y terrorismo (1)

zación deja prácticamente fuera de juego al PNV y confiere todo el protagonismo a la ilegalizada rama política de ETA, convertida en la más pública de las organizaciones ilegalizadas del mundo. Asimismo, en el curso de la tregua que es 'alto el fuego permanente', roto a voluntad, ETA y Bata-suna han conseguido absorber plenamente el lenguaje del PSOE y del Gobierno en el suyo propio, signo de la subordinación del campo democrático al trazado desde el terror. Y en parte con la colaboración de alguna de las asociaciones, las víctimas acaban siendo marginadas, como si fueran indeseables que obstaculizan la feliz marcha del 'proceso de paz'.

Por otro camino, el terrorismo como tal también ha desaparecido, con la misma excepción policial, en el caso de Al Qaeda. La conmemoración del tercer aniversario del 11-M, igual que la anterior, ha registrado una invisibilidad del problema. Los focos se centran en las víctimas, cuyo monumento se encuentra presidido por el increíble mensaje de que 'la fantasía permite superar la realidad'. De lo que es hoy y de lo que representa como amenaza para España la estrategia de Al Qaeda, ni palabra, más allá de la citada esfera policial. En este tema, más aun que en el caso del terrorismo nacionalista, donde también intervino vía PNV, cuenta la acción de grupos protectores, desde las organizaciones musulmanas pacíficas a los arabistas militantes que niegan

in toto el nexo entre Islam y terror, consiguiendo imponer la increíble idea de que el problema a afrontar entre nosotros es una supuesta islamofobia (del mismo modo que para los socialistas en tiempos recientes, el verdadero problema no era esa ETA en busca de 'paz', sino el PP). Con la ayuda final de la Alianza de Civilizaciones promovida por el Gobierno, toda aproximación al análisis del terrorismo islamista resulta políticamente incorrecta, incluso en los medios de comunicación más prestigiosos.

Los verdugos, tanto vascos como islamistas, se encuentran así perfectamente protegidos ante la opinión. Tienen que mostrar su verdadero rostro criminal, con las muertes de la Terminal 4 o las listas de vigilados o los almacenes de explosivos, para ser tomados en serio. Lo mismo que sucedió tras el 11-M al ser descubierto el comando de Leganés, que invalidó para quien quisiera enterarse la tesis de que la voladura de los trenes era una respuesta justiciera a la intervención española en Iraq.

Las derrotas policiales de ambos terrorismos vienen sucediéndose, pero ello no impide que los mecanismos de intimidación y subversión del lenguaje hayan funcionado perfectamente, en el mismo sentido que lo hiciera el siniestro lema de Auschwitz, 'Arbeit macht frei', impidiendo que la opinión pública conozca lo que de veras supone el terrorismo. ❖